

que los predicadores que pretenden mostrarse muy eruditos y elocuentes y muy grandes romancistas, que harán muy poco fruto. Lo primero, por lo que habemos dicho; porque los oyentes que tienen algun juicio entienden que el que así predica se va escuchando, y saboreando, y floreado en lo que dice, pretendiendo mas mostrarse muy buen hablador que deseoso de aprovechar. Lo segundo, porque la misma elegancia quita el fruto; y cuanto mas elegante fuere uno, tanto menos aprovechará; porque verdadera es aquella sentencia de los retóricos que trae Quintiliano: «Falta el sentido á la oracion, cuando se alaban las palabras (1);» quiere decir, que pierden los hombres la atencion á las cosas, cuando son muy elegantes las palabras, porque estas hurtan la atencion á las sentencias, y no miran lo que se les dice por mirar cómo se les dice: pues si aun los mismos retóricos reprenden esto, y lo tienen por grande vicio del orador, ¿cuánto mas se ha de reprender en el predicador evangélico que ha de atender solamente al provecho y salvacion de las almas? Dice San Pablo: «El don de predicar dálo Dios para provecho de los prójimos (2).» Y así en eso ha de poner el predicador siempre los ojos, dice San Gerónimo: «La señal del buen sermón, no es el aplauso de los oyentes, ni que salgan diciendo: «Jamás ha hablado hombre así (3). ¿Habeis visto qué de cosas trajo y qué bien dichas?» Sino la compuncion y lágrimas de los oyentes, y la enmienda y mudanza de su vida (4).» Y en esto está el talento de predicar, en que

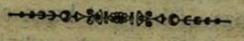
(1) Jacet sensus in oratione, in qua verba laudantur. *Quintil. lib. 8.*  
 (2) Unicuique autem datur manifestatio spiritus ad utilitatem. *I. ad Cor. XII, 7.*  
 (3) Nunquam sic locutus est homo. *Joann. VI, 46.*  
 (4) Docente te in ecclesia, non clamor populi, sed gemitus suscitetur. Lachrymae auditorum laudes tuae sint. *Hieron. epistol. 2 ad Nepotianum.*

Dios tome á uno por instrumento para mover los corazones de los oyentes, y que mediante sus palabras queden los hombres desengañados, y caigan en la cuenta de su mala vida pasada, y se arrepientan y vuelvan á Dios de corazón. Decía el P. maestro Avila: «predicar no es estar razonando allí una hora de Dios, sino que venga el otro hecho un demonio y salga hecho un ángel. En eso está el tener talento de predicar.» Y otro gran siervo de Dios decía que cuando salen los oyentes del sermón cabizbajos, que no se habla ni se mira el uno al otro, entonces ha sido bueno y provechoso el sermón; porque aquello es señal que cada uno lleva recaudo para sí.

En la vida de nuestro P. San Francisco de Borja se cuenta (1) que, cuando predicaba en Vizcaya, la mas de la gente no percibía lo que decía, así por ser mucha la gente y no poderse acerear al púlpito, como porque no entendían la lengua castellana; pero era cosa maravillosa ver la atencion con que todos le oían y las lágrimas que derramaban. Preguntados algunos qué era la causa por qué lloraban en el sermón, pues no lo entendían; respondían que por ver un duque santo, y porque dentro de sus almas sentían unas voces é inspiraciones de Dios que les significaban y daban á entender lo que el predicador desde el púlpito les estaba predicando. Otra vez en Portugal, queriendo el Infante Cardenal (que despues fué rey de Portugal) que predicase el P. San Francisco, y diciéndole que estaba cansado, porque habia venido de camino, respondió (2) el Cardenal: «no quiero que predique, sino que suba al púlpito, y que vean al que dejó cuanto tenia por Dios.» Eso es lo que predica y lo que

(1) Lib. 2, cap. 1 de la vida del P. San Francisco de Borja.  
 (2) Lib. 2, cap. 21.

hace fruto en las almas mas que las palabras, el ejemplo y santidad de la vida. Y así eso es lo que nosotros habemos de procurar y en lo que principalmente habemos de insistir, para que Dios nos tome por instrumentos para la conversion de las almas, así los predicadores como los confesores y todos los demas que tratan con prójimos.



CAPITULO IX.

Del segundo medio para ayudar á los prójimos, que es la oracion.

El segundo medio que pone nuestro Padre para ayudar á los prójimos, es la oracion, y dice: «Ayúdase tambien al prójimo con deseos santos y oraciones (1).» Como este negocio de ganar y convertir almas es sobrenatural, mas se alcanza y hace en él con oraciones, lágrimas y gemidos, que con palabras y voces. Mas hizo la oracion de Moisés y mas parte fué para alcanzar victoria contra Amalec, que todas las lanzas y espadas de los que peleaban. Mientras Moisés tenía levantadas las manos vencía el pueblo de Israel, y cuando las bajaba era vencido; y fué menester que dos le sustentasen las manos, uno de un lado y otro de otro, para que siempre estuviesen levantadas, y así alcanzaron victoria (2). Este era el modo con que el pueblo de Dios vencía á sus enemigos. Y eso es lo que los Madianitas, viendo las victorias grandes de los hijos de Israel, temiendo dijeron: «Como el buey con la boca paca las yervas hasta la raíz, así este pueblo nos ha de destruir á nosotros (3)» con la boca, que es con oracio-

(1) Juvatur etiam proximus sanctis desideriis, et orationibus. *P. VII, Const. cap. 4.*  
 (2) Exod. XVII, 12.  
 (3) Ita delebit hic populus omnes, qui in nostris

nes. Así declaran este lugar San Agustin y Orígenes (1). Pues si la victoria de la guerra (para la cual parece que tienen alguna proporcion nuestras fuerzas y poder humano) la da Dios por oraciones, ¿qué será la victoria de los enemigos espirituales y la conversion de las almas, donde nuestros medios, fuerzas é industrias quedan tan cortas y tan atrás que ninguna proporcion tienen con tan alto fin? Con oraciones y con gemidos habemos de tratar con Dios este negocio. Estas son las que han de aplacar á Dios y alcanzar el perdon y la conversion.

San Agustin (2) va declarando y ponderando muy bien el valor y eficacia de este medio, sobre aquellas palabras que dijo Dios á Moisés: «Déjame para que se aire mi furor contra ellos y los destruya (3).» Cuando los hijos de Israel adoraron el becerro, quería Dios destruirlos. Moisés pónese á rogar á Dios por ellos, diciendo: «¿Por qué, Señor, quereis castigar á vuestro pueblo, al cual sacastes de Egipto con mano fuerte y poderosa?» Mirad, Señor, que dirán los egipcios que para eso los sacastes á estos montes y desiertos, para cogerlos, como dicen, en escampado, y asolarlos allí del todo. Acordaos, Señor, de Abraham, Isaac y Jacob, vuestros siervos, á los cuales prometistes y jurastes que habiades de multiplicar su generacion como las estrellas del cielo y darles tierra de promision. Respóndele Dios: «Déjame, que los quiero destruir y asolar (4).» ¿Qué es esto, Señor? ¿para qué decís *déjame*? ¿Quién os tiene, ó puede tener á vos? ¿Quién os puede atar las manos?

finibus commorantur, quomodo solet bos herbas usque ad radices carpere. *Numerorum XXII, 4.*  
 (1) Aug. *serm. 93 de Temp.*—Orig. *hom. 13 sup. Numeros.*  
 (2) Aug. *quaest. 149, super Exod.*  
 (3) Dimitte me, ut irascatur furor meus contra eos, et deleam eos. *Exod. XXXII, 10.*  
 (4) Dimitte me. *Ubi sup.*

“A vuestra voluntad ¿quién resiste (1)?” ¿Cómo decís, *déjame*? Ahí vereis, dice San Agustín, la fuerza de la oración y lo que puede y vale con Dios. Eso nos quiso dar á entender en aquella palabra *déjame*. La cual no es palabra de mando; porque si fuera mandamiento, mal hiciera el siervo en no obedecer; ni es palabra de quien pide ó ruega, porque no habia de pedir Dios eso á su siervo; sino quisonos dar á entender que las oraciones de los justos son bastantes para resistir á la ira de Dios. Lo mismo dice San Gerónimo sobre aquellas palabras de Jeremías: “Mira que quiero castigar este pueblo, por eso no me ruegues por él, ni me hagas resistencia (2).” Dice allí San Gerónimo: “Dános á entender en estas palabras que las oraciones de los Santos pueden resistir á la ira de Dios (3).” Y dícelo claramente el Profeta David: Quería Dios destruir á su pueblo, y al romper de su ira, resistió Moisés á Dios con la oración: púsose delante, y detuvo el brazo de Dios que quería ya descargar el golpe: y se aplacó el Señor, y no hizo el mal que habia dicho habia de hacer á su pueblo (4).

Lo mismo aconteció en aquella sedición y murmuración que se levantó en el pueblo de Israel contra Moisés y Aaron, sobre la muerte de Coré, Datán y Abiron y sus secuaces, diciendo que ellos habian sido la causa de ella. Enojóse Dios con el pueblo, quisole destruir, y ya pasaban los muertos de catoree mil; y púsose luego Aaron á rogar á Dios por el pueblo y á ofre-

(1) Voluntati enim ejus, quis resistit? *Ad Rom.* IX, 19.

(2) Tu ergo noli orare pro populo hoc, nec assumes pro eis laudem, et orationem; et non obsistas mihi. *Jer.* VII, 16.

(3) Ostendit, quod Sanctorum preces Dei iram possunt resistere. *Hier.* ibi.

(4) Et dixit, ut disperderet eos, si non Moyses electus ejus stetisset in confectione in conspectu ejus, ut averteret iram ejus, ne disperderet eos. *Ps.* CV, 23. — Placatusque est Dominus, ne faceret malum, quod loquutus fuerat, adversus populum suum. *Exod.* XXXII, 14.

cer incienso por él, “y cesó la plaga (1);” y por esto el Sábio llama á la oración escudo: “Pero no duró mucho, Señor, vuestra ira, porque luego se puso delante vuestro siervo, y oró por el pueblo (2).” Otra letra dice: “Y peleó por el pueblo (3),” porque orar es pelear. Pues echó mano Aaron del escudo de la oración, y con él resistió á la ira de Dios y cesó luego la matanza. ¡Oh! ¡qué buen escudo, dice San Ambrosio (4), con el cual se rechazan todos los golpes del enemigo!

Y lo que mas es que se huelga Dios mucho que le vamos á la mano en el castigo y que haya quien se ponga de por medio para estorbarlo. Así como un padre piadoso, aunque amenaza á su hijo, no querría castigarle, sino que se pusiese alguno de por medio que le estorbese, y algunas veces tiene prevenidos á algunos amigos ó conocidos que le vayan á la mano: así Dios que es mas que padre, y mas que madre, es tanto el amor que nos tiene, al fin como á hijos, y como á hijos que tanto le costamos, pues le costamos su sangre y su vida, que no querría llegar á las manos, y así gustaría que alguno de los amigos se le pusiese delante; y los anda á buscar, y le siente mucho y se queja cuando no hay quien le vaya á la mano. Dice el Profeta Ezequiel: “Busqué quien se pusiese delante, y me fuese á la mano y no le hallé (5). No hubo quien me saliese al encuentro, ni quien se opusiese como muro para resistir-

(1) Et plaga cessavit. *Numer.* XVI, 48.

(2) Sed non diu permansit ira tua. Properans enim homo sine querela deprecari pro populis, proferens servitutis suae scutum orationem, et per incensum deprecationem allegans, restitit irae, et finem imposuit necessitati. *Sap.* XVIII, 20.

(3) Propugnavit pro populis.

(4) Bonum scutum oratio, quo omnia adversarii ignita spicula repelluntur. *Ambros.* in oratione funebri de obitu Valentiniani Imperatoris, tom. 5.

(5) Et quaesivi de eis virum, qui interponeret seipsum, et staret oppositus contra me, pro terra, ne disperderem eam, et non inveni. *Ezech.* XXXII, 30.

me (1).” Dice allí San Gerónimo: Así como el muro defiende del enemigo, y así como le suelen salir al encuentro para resistirle, así las oraciones de los justos resisten á la sentencia de Dios, porque condesciende Su Magestad con ellos (2). Y el Profeta Isaías se queja tambien mucho de esto: “¡Ah! Señor, que ya no hay, como haber solia, quien invoque vuestro Santo Nombre, ni quien se levante y os vaya á la mano y os detenga (3).” Ya no hay un Jacob que luche con Dios y se tome á brazo partido con él (4), que lo está Dios deseando. Bien se declara en esto la fuerza y eficacia de las oraciones de los justos y amigos de Dios, pues son poderosas para detener su brazo y resistir á su ira. De aquí quedará mas entendido y confirmado lo que decíamos en el capítulo pasado, cuánto importa para ayudar á los prójimos ser nosotros santos y amigos de Dios. Y con cuánta razón dijimos que la buena y santa vida era el principal medio para eso; porque el que ha de ser medianero para hacer algunas amistades ó paces, importa mucho que sea grato á aquel con quien ha de ser medianero; porque, sino, antes provocará á ira é indignación que á perdon.

Aprovecha tanto para el bien de los prójimos la buena y santa vida, que aunque no hiciésemos otra oración ni otra cosa alguna en servicio suyo, sino procurar ser nosotros muy buenos y muy santos, eso solo les aprovecharia y les valdria mucho á ellos. Es maravillosa historia para esto la que cuenta la Sagrada Escritura: Quería Dios destruir aquellas ciudades de Sodoma

(1) Non ascendisti ex adverso, neque opposuisti murum pro domo Israel. *Ezech.* XIII, 5.

(2) Ita Dei sententia Sanctorum precibus frangitur. *Hieron.*

(3) Non est, qui invocet nomen tuum, qui conurgat, et teneat te. *Isai.* LXIV, 7.

(4) Non dimittam te, nisi benedixeris mihi. *Gen.* XXXII, 26.

y Gomorra por sus grandes pecados, y pónese Abraham delante de Dios, y dícele: “¿Por ventura, Señor, habeis de destruir los buenos juntamente con los malos (1)? No parece eso conforme á vuestra clemencia. Si tuviere cincuenta justos la ciudad, ¿no perdonareis al pueblo, por amor de ellos?” Dice el Señor: “Sí por cierto. Si se hallaren cincuenta justos, yo les perdonaré á todos por amor de ellos.” Torna Abraham: “Ya que comencé hablaré á mi Señor, aunque soy polvo y ceniza: y si hay algunos menos, si hay cinco menos, ¿no los perdonareis á todos por cuarenta y cinco justos que haya?” “Sí, dice Dios; si se hallaren cuarenta y cinco justos, yo los perdonaré á todos por ellos.” Torna Abraham: “¿Y si hay solos cuarenta justos?” “Yo los perdonaré á todos por ellos.” “Señor, no os enojeis si tornare otra vez á hablar: y si no se hallaren mas de treinta justos, ¿no los perdonareis á todos por amor de los treinta?” Es de notar que al principio iba bajando muy poco á poco, solamente de cinco en cinco, y ya con el favor y mereed que sentia cobró ánimo para ir bajando de diez en diez; de cuarenta baja á treinta. Dícele el Señor: “Si se hallaren treinta justos, por amor de ellos los perdonaré á todos.” “Ya que he comenzado, dadme, Señor, licencia para hablar. ¿Y si no se hallaren mas de veinte justos?” “En buen hora, por amor de ellos, yo los perdonaré.” “Suplícoos, Señor, que no os enojeis: esta palabra no mas. ¿Y si se hallaren diez justos?” “Sea así, yo me contento con esos, dice el Señor. Si se hallaren diez justos entre ellos, yo los perdonaré á todos por amor de diez justos.” No se hallaron, y así destruyó Dios aquellas cinco ciudades. De donde se ve bien de cuánta utilidad y provecho es para

(1) Nunquid perdes justum cum impio? *Gen.* XVIII, 20.

otros la buena y santa vida de los justos. ¡Cuánto les valiera á aquellos haber siquiera diez justos entre ellos!

Otra vez queriendo Dios castigar á Jerusalem y entregar el reino de Judea á los caldeos para que le destruyesen y saqueasen y los pasasen á cuchillo por los grandes pecados que habian cometido contra su Divina Magestad, dice primero por Jeremías: "Andad con diligencia por las calles y plazas de Jerusalem, y mirad é inquirid muy bien si hallais un varon justo; que haga juicio recto de sí mismo, y sea muy fiel y verdadero para con su Dios y para con su prójimo: y si lo hallais, por respeto suyo perdonaré á la ciudad y al reino, y alzaré el castigo y ruina que le tengo amenazada (1)." Esclama con gran razon San Gerónimo sobre este paso, diciendo: «Mirad cuánto estima Dios un varon justo; pues no solamente por diez justos que se hallen en la ciudad, como antes habia dicho á Abraham, sino por solo uno que se halle en medio de innumerables pecadores, dice que les perdonará á todos y suspenderá el castigo que merecen.» Grande es el amor que tiene Dios á la virtud del varon justo, pues por su respeto sufre y perdona á tantos pecadores. Mucho se han de estinar los buenos en una comunidad y en una república, y grande es el bien que la hacen, aunque no hagan otra cosa, sino tratar de ser buenos y virtuosos. Y asi esta es una de las razones que traen los teólogos y los Santos para probar que el pueblo debe el sustento á los religiosos, aunque no hagan ministerio ninguno con los prójimos, sino que estén recogidos, sin salir de su rincón y de su celda, porque desde allí hacen grandísimo bien al pueblo: por esos pocos buenos sufre Dios tantos malos en el mundo, lo cual se confirma con aquella parábola del

(1) Jerem. V, 1.

Evangelio, que por conservar el trigo dejó el Señor de arrancar la zizania (1).

Y débese ponderar mucho á este propósito lo que nota luego allí la Sagrada Escritura. Cuando Dios quiso destruir y abrasar aquellas ciudades de Sodoma y Gomorra, dice (2), que se acordó de su amigo Abraham, y por amor de él libró á Lot, que era sobrino suyo. Es de notar que no se dice allí que Abraham rogase á Dios por Lot, sino por ser Abraham tan amigo de Dios miró él por sus cosas y por todo lo que le tocaba. Y tuvo tanta cuenta de mirar por Lot, su sobrino, y librarle, que dándole Dios priesa para que saliese de allí, y se salvase en una pequeña ciudad que estaba cerca, le dice: "Dáte priesa, porque no podré hacer nada hasta que tú te pongas en salvo (3)." ¡Oh entrañas de Dios! ¡Oh bondad y misericordia infinita! «¡qué no podré hacer nada, dice, hasta que tú te pongas en salvo!» Mirad la cuenta que tiene Dios con un justo y lo que dice y hace por su respeto. Pues procurad vos de ser muy justo y muy amigo de Dios y tratar muy de veras de perfeccion, y estad cierto que Dios mirará por todas vuestras cosas, y se acordará de vuestros padres y de vuestros parientes y amigos, y de todo lo que os tocaredes y olvidáredes de eso por cuidar de vos y daros mas á Dios, aunque en particular no lo pidais, porque mas piden y claman á Dios las obras que las palabras. Si la maldad del malo, dice la Sagrada Escritura (4), que clama y dá voces á Dios pi-

(1) Ne forte colligentes zizania, eradicetis simul cum eis et triticum. Sinite utraque crescere usque ad messem. *Matth.* XIII, 29.

(2) Cum enim subverteret Deus civitates regionis illius, recordatus Abrahæ liberavit Lot de subversione urbium, in quibus habitaverat. *Gen.* XIX, 29.

(3) Festina, et salvare ibi; quia non potero facere quidquam, donec ingrediaris illuc. *Gen.* XIX, 22.

(4) Vox sanguinis fratris tui clamat ad me de terra. *Gen.* IV, 10.

diendo venganza, mas clamará la virtud y la bondad y mayores voces dará para alcanzar misericordia delante de aquel que es tan amigo de hacer bien y cuyo es propio siempre perdonar y tener misericordia. Esta es muy buena manera de negociar con Dios y de hacer bien á parientes y amigos.

CAPITULO X.

Del tercero medio para aprovechar á los prójimos, que es el celo de las almas.

"El celo de vuestra casa, Señor, y de vuestra honra y gloria, consume y abrasa mis entrañas," dice el Real Profeta David (1), y las injurias y ofensas que os hacen á vos, todas caen sobre mí y las tomé yo por mas que propias. Este es otro medio, y muy principal, para ayudar á los prójimos, y le pone nuestro Padre (2) entre los demas medios que ayudan para la conservacion y aumento de la Compañía y para conseguir el fin espiritual para que fué instituida, que es el ayudar á las almas. Uno de ellos dice es el celo sincero de las almas para gloria del que las crió y redimió, sin tener cuenta con otro interés (3). El bienaventurado San Agustin, en el libro ó exhortacion que hace á un conde, dice: «Oh hermano mio, ¿por ventura nuestras carnes son de hierro que no tiemblen, ó nuestro corazón es de diamante que no se ablande, ó siquiera se despierte con tales palabras, cuales dirá Cristo nuestro Redentor á los malos el dia del juicio: «Id, malditos de mi Padre, al fuego eterno que os está aparejado desde el principio del mundo para

siempre jamás (1)?» ¿Por qué no decimos con el Profeta Jeremías: «quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuentes de lágrimas para llorar de dia y de noche los muertos de mi pueblo (2)?» Desfallecen llorando los que consideran las muertes, no de los cuerpos, sino de las almas de sus hermanos. ¿Qué llanto mas bien empleado que sentir y llorar con el Apóstol San Pablo (3) la perdicion de las almas? Aprendamos del Apóstol, dice el glorioso San Agustin, á tener este celo y deseo grande de la salvacion de las almas; pues que el mismo Dios las amó tanto, que no perdonó á su único Hijo, sino que le entregó á la muerte por ellas, le entregó por todos (4). Por todos, dice: por eso no menospreciemos la salvacion de ninguno, pues cada uno costó á Dios su sangre y su vida.

Este celo de las almas, ó por mejor decir, de la honra y gloria divina, es un fuego de amor de Dios, es un deseo tan encendido y abrasado de que todos amasen y honrasen y sirviesen mucho á Dios, que el que le tiene, á todos querría pegar este deseo y este fuego, y cuanto es en sí lo procura; y cuando ve que Dios es ofendido é injuriado, y no lo puede remediar, gime y llora, y aquel fuego le está allá carcomiendo, y deshaciendo, y abrasando las entrañas. Tal era el celo que tenían aquellos Santos y amigos de Dios. Un Jeremías: "Tenia,

(1) *Matth.* XXV, 47.

(2) O mi frater, nunquid ferreae sunt carnes nostrae, ut non contremiscant; vel etiam sensus noster adamantinus, ut non mollescat, aut etiam minime evigilet ad illa Dei verba: Ite maledicti in ignem aeternum? Quare non dicimus cum Jeremia Propheta: quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis fontem lachrymarum, et plorabo die, ac nocte interfectos filiae populi mei (*Jer.* IX, 1)?—*Aug. lib. seu exhortatione de salutaribus monitis ad quemdam Comitem*, cap. 6.

(3) Quis infirmatur, et ego non infirmor? *II. ad Cor.* XI, 29.

(4) Qui etiam proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum. *Ad Rom.* VIII, 23.

dice (1), allá en el corazon y en los huesos un fuego que me consumia y me abrasaba, viendo las ofensas hechas contra la Magestad divina, y no lo podia sufrir." Un Elias: "Con el celo he celado el honor del Señor Dios de los ejércitos, porque faltaron á lo prometido los hijos de Israel (2)." Y el Real Profeta David está lleno de esto (3). Era tan grande la pena y afliccion que sentian aquellos Santos de ver que tan á rienda suelta quebrantaban los pecadores la ley de Dios, que el dolor del ánima enflaquecía el cuerpo, y les corrompia y pudria la sangre, y daba muestras de sí en todo el hombre exterior. Abrasabase y consumíase tanto el Profeta David con este fuego, que se iba resolviendo y destilando en lágrimas (4). Asi dice otra translacion: como cuando ponen fuego á una alquitara, asi se resolvía en lágrimas, viendo las ofensas cometidas contra la Magestad de Dios. Pues este celo de la honra de Dios habemos de tener nosotros, y este ha de ser el mayor de nuestros cuidados, ver prosperada y adelantada la honra de Dios, y ver santificado y glorificado su nombre, y que se haga su santísima voluntad asi en la tierra como en el cielo; y el mayor de nuestros dolores ha de ser ver que esto no se hace asi, sino muy al revés. Eso dice el glorioso San Agustin: "Aquel se abrasa y consume con el celo de la honra de Dios, que desea y procura remediar todos los

(1) Et factus est in corde meo quasi ignis exstans, claususque in ossibus meis, et defeci ferre non sustinens; audivi enim contumelias multorum, et terrorem in circuitu. *Jerem. XX, 9.*  
 (2) Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum, quia dereliquerunt pactum tuum filii Israel. *III. Reg. XIX, 14.*  
 (3) Defectio tenuit me pro peccatoribus dereliquentibus legem tuam. Tabescere me fecit zelus meus, quia oblitus sum verba tua inimici mei. Vidi praevaricantes, et tabescebam, quia eloquia tua non custodierunt. *Ps. CXVIII, 53, 139, 158.*  
 (4) Exitus aquarum deduxerunt oculi mei, quia non custodierunt legem tuam. *Ps. CXVIII, 136.* Id est: propter illos, qui non custodiunt legem tuam,

males que ve (1); y cuando no los puedo remediar, gime y llora como lo hacia Samuel por Saul (2).

Este celo de la honra y gloria de Dios y salvacion de las almas es una de las cosas que mas agrada á Dios de cuantas podemos hacer en su servicio, ó la que mas: asi lo dice San Gregorio (3). Lo mismo dice San Crisóstomo y otros muchos Santos: "No hay cosa, dicen (4), que asi agrade á Dios como el celo de la salvacion de las almas; y la razon de esto es porque no hay cosa que mas agrade á Dios que la caridad, porque es la mayor de las virtudes, como lo dice San Pablo (5): y en ella consiste la perfeccion, y asi la llama "colmo de la perfeccion (6)." Pues este celo es un grande y excelente amor de Dios; porque no se contenta el que le tiene con amar y servir él á Dios cuanto puede, sino desea que todos se empleen en amarle y servirle y que sea su Santo Nombre conocido, reverenciado, glorificado y ensalzado de todos, y se entienda y amplie el reino de Dios, y ese es todo su contento y regocijo, y las ofensas y pecados que se hacen contra Dios le llegan al alma. Asi como el buen hijo, que ama mucho á su padre, desea mucho su honra y acrecentamiento, y todo su contento es ver honrado y ensalzado á su padre, y las injurias y ofensas que le hacen las siente él como propias y mas que propias; asi el que tiene este celo de la honra

(1) Zelo domus Dei comeditur, qui omnia perversa, quae videt, cupit emmendare, et si emmendare non potest, tolerat, et gemit. *Aug. sup. Joann.*  
 (2) Verumtamen iugebat Samuel Saulem; quoniam Dominum poenitebat quod constituerat eum Regem super Israel. *I. Reg. XV, 35.*  
 (3) *Greg. hom. XII sup. Ezechielem.*  
 (4) Nullum quippe omnipotenti Deo tale est sacrificium, quale est zelus animarum. — Nullum officium est Deo charius. *Chrisost. hom. 76.* — Nihil sic Deo placet, sicut zelus, et lucrum animarum. *Richard. sup. Cani. cap. 21.*  
 (5) Major autem horum est charitas. *I. ad Cor. XIII, 13.*  
 (6) Vinculum perfectionis. *Ad Colos. III, 14.*

de Dios es tan grande el amor que tiene á este Señor y tan fervoroso el deseo de que su divina Magestad sea alabada y honrada de todos, que ese es todo su contento y regocijo; y su mayor pena y dolor es ver el olvido tan grande que hay de Dios en la tierra y las ofensas é injurias que se le hacen. Y asi este es un acto grande y excelente de amor de Dios.

Es tambien muy grande y muy excelente acto de amor de los prójimos, porque asi como el amor de Dios se muestra en holgarnos de su mayor honra y gloria y en sentir las ofensas que se hacen contra él, asi tambien el amor verdadero del prójimo se muestra en holgarnos de su bien y en pesarnos de sus verdaderos males, que son los pecados, y en procurar de estorbarlos cuanto pudiéremos. Y asi dicen los Santos (1): quien quisiere examinar si tiene amor á los prójimos, mire si llora en las culpas de ellos, y si se alegra en sus gracias y aprovechamiento: esa es la prueba del verdadero amor de vuestro hermano, que os holgueis tanto de su bien como del propio vuestro, y sintais tanto su trabajo y su mal como si fuera propio vuestro: eso es amar al prójimo como á sí mismo, como lo hacia San Pablo cuando decia: "¿Quién enferma, que no enferme yo? ¿Quién es escandalizado, que no me abraze yo (2)?" Dice otra glosa: "¿Quién cae en algun pecado que no me llegue á mí al alma? ¿Quién recibe molestia alguna que yo no me compadezca de él como si fuera propia (3)?" Esto agrada tanto á Dios, que dice S. Crisóstomo: "aunque hagais grandes penitencias,

(1) *Clim. cap. 4; et Bonavent. processu 5 Religiosis, cap. 17.*  
 (2) Quis infirmatur et ego non infirmor? quis scandalizatur, et ego non uror? *II. ad Cor. XI, 29.*  
 (3) Quis infirmatur in fide, vel in aliqua virtute, et ego non infirmor? id est: non doleo de eo sicut de me ipso? quis scandalizatur in aliqua molestia, et ego non uror igne compassionis?

aunque ayuneis toda la vida y durmais en el suelo; aunque deis toda vuestra hacienda á los pobres, no tiene que ver con este celo de la salvacion de las almas. (1). • Cuanto el ánima es mejor y mas preciosa que el cuerpo, tanto hacen mas los que tratan de ayudar y remediar las almas, confesando, predicando, aconsejando, y con otras obras de misericordia espirituales, que los que tratan de remediar los cuerpos, dando muchas limosnas de sus haciendas. ¿Qué contento estuviérades vos si hubiérades dado muchos millares de ducados de limosna! Pues mas es y mas vale emplearos en ayudar á la salvacion de las almas. Y añade San Crisóstomo (2) que es mas y de mayor estima delante de Dios el celo de las almas que hacer milagros; porque muchas maravillas y milagros hizo Moisés al sacar el pueblo de Israel de Egipto; pero en todos esos no usó cosa que se igualase con aquel celo y ferviente caridad con que intercediendo á Dios por el pueblo dijo: "Señor, ó perdonad al pueblo este pecado, ó borradme á mí de vuestro libro (3)." Esta, dice el bienaventurado San Crisóstomo que fué la mayor hazaña que hizo Moisés, con haber hecho tantas y tan maravillosas.

CAPITULO XI.

Cuán eficaz medio sea este celo para ayudar y aprovechar á los prójimos.

Este celo es muy gran medio y muy eficaz para ayudar y aprovechar á los prójimos. Lo primero, porque es un fuego, como habemos dicho; asi como el fuego es muy activo y procura convertir todas las

(1) *Chrisost. hom. 79, et hom. 2 sup. Gen.*  
 (2) *Sup. cap. 2, ex Gregor.*  
 (3) *Aut dimitte eis hanc noxam, aut si non facis, dele me de libro tuo, quom scripsisti. Exod. XXXII, 32.*

cosas en sí, y así lo hace si está dispuesta la materia, y si no, él la va disponiendo para ello: así, si arde en nosotros este fuego y celo de amor de Dios, luego le pegaremos á los otros, y los abrasaremos en amor de Dios, y los convertiremos en nosotros, haciendo que sean tales como nosotros somos, como decía San Pablo: "Deseo que todos seáis como yo soy (1);" y mientras no son tales, los iremos disponiendo para que lo sean. No está ociosa la caridad, porque es un fuego que nunca está quedo, sino siempre bullendo: siempre obra grandes cosas la caridad, dice San Gregorio (2); y si no hay esas obras, ó no habrá caridad, ó á lo menos no será grande.

Lo segundo, es este celo muy principal medio para ayudar á los prójimos; porque de aquí nace el aplicarse uno mucho á sus ministerios y el andar siempre deseando y buscando en qué emplearse en ayuda de los prójimos, y que no sea menester llevarnos á eso por fuerza, que nos habíamos de avergonzar de eso, sino que nos hallen siempre á punto, y que antes nosotros deseemos hacer mucho mas de lo que se ofrece. Y en esto va mucho; porque bien se ve que, cuando hacemos una cosa con gran deseo, hacemos doblado. Y así importa mucho tener este celo, porque con él andamos vivos y sin él muertos.

Lo tercero, de aquí nace el buscar medios para ayudar á los prójimos y aun el hallarlos también, porque la buena gana es buena inventora y halladora de medios para conseguir lo que desea. Dice San Buenaventura: "No hayais miedo que le falte que hacer en provecho de los prójimos al que tuviere este celo, ni medios para hacer-

(1) Opto omnes, qui audiunt, hodie fieri tales, qualis et ego sum. Act. XXVI, 29.

(2) Caritas magna operatur, si est; si autem non operatur, magna non est. Gregorius.

lo (1). Si no tuviere que hacer en casa, él lo irá á buscar fuera; y si no lo hallare donde lo buscaba, él irá al hospital y á la cárcel, á donde lo hallará. Siempre tendrán que hacer los operarios que tuviere este celo: por eso los llama la Escritura unas veces cazadores. Dice Dios por Jeremías: "Yo les enviaré muchos cazadores que saquen la caza de los agujeros y vivares (2)." Otras veces los llama pescadores, porque no aguarda el pescador que se le vengán los peces á las manos, sino él los va á buscar y los arma con diversas maneras de ingenios y con cebos particulares y esquisitos; y pues el demonio es tan diligente para perder las almas, razón será que nosotros lo seamos para ganarlas.

Lo cuarto, cuando hay este celo, todo se hace fácil; véncense todas las dificultades, ningun trabajo se pone delante. San Dionisio Areopagita á este celo parece que atribuye el haber Cristo nuestro Redentor llevado con tanta constancia y fortaleza los trabajos y dolores de su Pasión. Dice (3) que el coraje que tenia contra el pecado le ayudó en esta batalla, y trae para esto aquello del Profeta Isaias: "Yo pisé solo en el lagar, y de la gente ninguno habia conmigo; los pisé con mi ira, y mi indignacion me ayudó (4)." La ira é indignacion que tenia con el pecado, esa, dice, que le ayudó.

Lo quinto, de este celo nace también la ferviente oracion que no se aparta de

(1) Ubi autem talis inest affectus, illic necessario non deerit subventionis effectus, quantum patitur opportunitas. Bonav. processu 3, Religionis cap. 17.

(2) Ecce ego mittam eis multos venatores. Et venabuntur eos de omni monte, et de omni colle, et de cavernis petrarum. Jer. XVI, 16.

(3) Dionysius Areop. cap. 4 de Divinis Nominibus.

(4) Torcular calcavi solus, et de gentibus non est vir mecum; calcavi eos in furore meo et conculcavi eos in ira mea, et indignatio mea ipsa auxiliata est mihi. Isaias LXIII, 3 et 5.

Dios hasta haber negociado: como leemos de muchos Santos que se ponian de por medio entre Dios y el pueblo, y no cesaban ni descansaban hasta aplacar á Dios con su oracion.

De nuestro bienaventurado P. San Ignacio se cuenta en su vida (1), que estando un hombre en París miserablemente perdido de unos amores deshonestos de una muger con quien vivia mal, y no pudiese por ninguna via desasirle de ellos, se fué un dia á esperarle fuera de la ciudad; y sabiendo que habia de pasar por junto una laguna ó charco de agua, yendo á donde le llevaba su ciega y torpe aficion, entróse San Ignacio dentro del agua frigidísima, hasta los hombros, y viéndole desde allí pasar, le dijo á grandes voces: "Anda, desventurado, anda y vete á gozar de tus sucios deleites; ¿y no ves el golpe que viene sobre tí de la ira de Dios? ¿No te espanta el infierno que tiene su boca abierta para tragarte, ni el azote que te aguarda y á toda furia va á descargar sobre tí? Anda, que aqui estaré yo atormentándome y haciendo penitencia por tí hasta que Dios aplaque el justo castigo que ya contra tí tiene aparejado." Espantado el hombre con tan señalado ejemplo de caridad, paró, y herido de la mano de Dios volvió atrás confuso y atónito, y apartóse de la torpe y peligrosa amistad de que estaba cautivo.

CAPITULO XII.

De tres cosas que nos ayudarán á tener este celo.

Fuera de lo dicho, tres cosas especialmente nos ayudarán mucho para tener este celo y desear y procurar con mucha diligencia la salvacion de las almas. Lo prime-

ro y principal será ver lo mucho que amó y estimó el Hijo de Dios las almas, pues dió su sangre y su vida por ellas (1), y la tuvo por bien empleada. Sangre de Cristo en la tierra, gran señal es del valor de un alma, y de la estima que de ella tiene Dios, y del amor con que la ama. Esto es lo que nos ha de mover y animar á andar siempre con este celo y con esta solicitud en nuestros ministerios y que se nos vaya el corazon tras las almas procurando su salvacion: "La caridad de Cristo nos compele," decía San Pablo (2); la caridad nos ha de estar solicitando y compeliendo siempre á eso. ¿Cómo no daremos nosotros la sangre por aquel por quien el Hijo de Dios dió la suya? ¿Y cómo no daremos la vida por aquel que murió por darnos á nosotros vida? Que no se puede sufrir que muera Dios por un alma, y que la vea yo irse á perder y caer en el infierno y que la pueda ayudar y no lo haga; no lo puede sufrir eso la caridad. Háenos de ir el corazon tras las almas, y ese ha de ser el mayor de nuestros cuidados, como lo era del Apóstol San Pablo, el cual entre todos los trabajos exteriores que padecia, que eran muchos (3), lo que mas cuidado le daba, y le traia mas afligido y congojado, era la solicitud de las iglesias y de las almas (4).

San Agustin sobre aquellas palabras de San Juan: "Jesus, pues, fatigado del camino se sentó así sobre la fuente (5)," dice (6), que con mucha razon se compara

(1) Pro quibus Christus mortuus est. I. ad Cor. VIII, 11.

(2) Caritas enim Christi urget nos. II. ad Cor. V, 14.

(3) In laboribus plurimis, in carceribus abundantius, in plagis supra modum, in mortibus frequentior. II. ad Cor. XI, 23.

(4) Praeter ea, quae extrinsecus sunt, instantia mea quotidiana, sollicitudo omnium Ecclesiarum. Ib.

(5) Jesus ergo fatigatus ex itinere, sedebat sic supra fontem. Joann. IV, 6.

(6) Aug. tract. 15 sup. Joann. et. VII. dicitur.

(1) Lib. 3, cap. 2 de la Vida de nuestro P. S. Ignacio.